

Los grandes desafíos del mundo actual a la Vida Religiosa en el contexto Norte-Sur

Gregorio Iriarte, o.m.i.

Vivimos en un mundo cada vez más interrelacionado e interdependiente. La presencia avasalladora de los Medios de Comunicación social, con sus admirables avances tecnológicos, se constituyen en abanderados de una nueva escala de valores. Nuevas tensiones van surgiendo en la Región en el marco de las relaciones Norte-Sur, cada vez más difíciles y más unilaterales. También la triunfante y cuestionadora, nos exige ahora más que nunca una respuesta a nivel continental. Más allá de los desafíos locales, nos vemos cuestionados e interpelados por tensiones y problemas que, en la medida en que nos son comunes, son también de mayor envergadura y de más difícil solución.

Trataremos de detectar esos grandes desafíos con la esperanza de que, animados por nuestro propio carisma como religiosos/as, e inspirados en los valores del Evangelio, podamos encontrar las líneas de acción que orienten nuestro compromiso transformador, frente a los grandes retos que nos presenta el mundo actual.

1. Nuestro Mundo: Perfil descriptivo (Ver)

- De la bipolaridad a la unipolaridad

Uno de los fenómenos más sorprendentes del cual hemos sido testigos, es el fin de la llamada Guerra Fría: caída del muro de Berlín, disolución de los regímenes comunistas en los países del Este, desmembramiento de la Unión Soviética, desaparición del Pacto de

Varsovia y del Comecón... Los viejos esquemas de seguridad se desplazan hacia otros problemas. Se inician programas concretos de desnuclearización y de desarme de las grandes potencias. El antiguo y tensionante orden geopolítico, basado en la confrontación Este-Oeste es relegado de un modo definitivo. El sistema bipolar, que desgastó las dos superpotencias, priorizando el armamentismo, la seguridad militar y la conquista del espacio, deja paso a un sistema unipolar, con sus propios peligros y cuestionamientos.

- *Neoliberalismo y economía de mercado*

Un fenómeno que llama la atención por su globalidad y por sus efectos impactantes, tanto en la economía como en la política, como también en el área social, es el predominio de la economía de mercado, con una fuerte tendencia a reducir la presencia reguladora del Estado a través de amplios y variados procesos privatizadores.

Es evidente que el mercado no puede garantizar por sí mismo que los sectores más pobres de la población reciban la educación adecuada, la necesaria atención médica, la alimentación suficiente, una vivienda apropiada y los servicios indispensables para una existencia digna. Pero el modelo neoliberal, encerrado en un economicismo falso y miope, olvida totalmente las exigencias de un desarrollo con dimensiones humanas. A pesar de la revolución tecnológica y de los notables avances que se han operado en el Área de la producción de bienes, el producto interno por habitante en América Latina, es inferior al del año 1980 y está al nivel del año 1977.

- *Pocos, más ricos y muchos, más pobres*

Es cierto que el producto global regional creció (aunque muy moderadamente) en los años 1991 y 1992, pero este ritmo de crecimiento es tan lento y tan reducido, que América Latina tardaría 20 años para llegar a los niveles de 1980 a ese paso.

Si al índice de ingresos del año 1980 le damos el valor nominal de 100, en el año 1990 ese índice era de 84 para América Latina en su conjunto. Esto quiere decir que en esa década el promedio de ingresos de la población de la región se deterioró en un 16%. Pero el problema es aún mucho más grave para el 60% más pobre de la población. En efecto, hay que tener en cuenta que los ingresos no disminuyeron en forma pareja y equitativa para todos. Muy al contrario, en esos 10 años,

el sector más privilegiado de la población no sólo no se vio afectado en sus ingresos, sino que al "socaire" de un neoliberalismo deshumanizado e injusto, creció y se distanció abismalmente de los sectores más pobres. Esto nos lleva a la dramática conclusión de que los sectores populares latinoamericanos se han empobrecido en la llamada década perdida hasta en un 30%.

En el gráfico que presentamos a continuación, podemos apreciar como aumentó el número de pobres en la región, en términos relativos.

Año	Población total de América Latina (millones)	N° de pobres (millones)	Porcentaje de pobres
1960	215	110	51%
1970	276	112	40%
1980	352	151	43%
1985	370	152	41%
1990	426	196	46%

Según el último informe de la CEPAL, el número de pobres de la región aumentó de 152 millones en 1985, a 196 millones en 1990. Mientras que en 1985 el 41% de la población latinoamericana vivía en condiciones de pobreza, este porcentaje subió a un 46% en 1990. De ellos un 22% vive en extrema indigencia. Aumento del número de pobres en América Latina de 1960 a 1990 .

Según el informe de 1992 del Banco Mundial, en el año de 1985, 87 millones de personas en edad de trabajar, ganaban menos de 30 dólares por mes (dólares al precio de 1985). En el año 1990 eran 108 millones de personas las que ganaban menos de esa exigua cantidad de dinero. En los últimos años, los países de América Latina entran en proceso generalizado de democratización. Sin embargo, la democratización política no va acompañada de la democratización económica. Nuestros gobiernos no tienen opción para elaborar un modelo económico endógeno y válido para su propia coyuntura.

El F.M.I. y el Banco Mundial, juntamente con todo el sistema bancario internacional, presionan hasta imponer sus políticas económicas de ajuste estructural. Las corrientes neoliberales imperantes en EEUU y en la mayoría de los países industrializados, se llegan a implantar en contra de la voluntad mayoritaria de nuestros

pueblos. La deuda externa de América Latina, tan desproporcionada y onerosa, induce a los poderosos acreedores a exigir a nuestros gobiernos estas políticas económicas claramente recesivas.

Estos ajustes, excesivamente severos y discriminatorios, han generado un deterioro del empleo, la pérdida del poder adquisitivo los salarios, el debilitamiento de servicios básicos como salud, educación, seguridad social... En definitiva, aumento de pobreza en las clases populares y concentración de la riqueza en manos e un sector minoritario de privilegiados. Percibimos, sin embargo, actualmente un cierto desencanto frente al modelo neoliberal aún en los más poderosos organismos de desarrollo económico a nivel mundial. El culto cuasi-fetichista al mercado, va dejando paso a posiciones menos rígidas, mientras se abren caminos para que haya una mayor presencia instrumental y reguladora del Estado.

Otro fenómeno actual de gran impacto, a mediano plazo, sobre la economía mundial, es la corriente integradora que afecta a las áreas más dinámicas de la economía mundial: La Comunidad Europea, el Libre Tratado de Comercio entre EEUU, Canadá y México, el Pacto Andino, el Mercosur, el Mercado Común Centroamericano, los países del Sudeste Asiático... etc. En nuestro ciclo histórico surgen nuevos desafíos y nuevas inquietudes: la preocupación por el deterioro del medio ambiente y una sensibilidad y respeto por la naturaleza como don inestimable de Dios, la defensa de los Derechos Humanos y muy en particular, en lo que se refiere a los derechos de la mujer y de las minorías étnicas. Asistimos también al impacto sorprendente de los medios de Comunicación Social y a los deslumbrantes avances de la informática.

- *Hacia la cultura de la imagen*

Dicen los sociólogos de la comunicación que nuestra sociedad esta pasando de la logosfera (cultura de la palabra) a la iconosfera (cultura de la imagen). La eficacia socializadora de los Medios de Comunicación Social, sobre todo la televisión a través del impacto de la imagen cromática, están arrebatando al hogar, a la iglesia y al sistema escolar la hegemonía que hasta hace poco tiempo detentaban en el campo e la educación y de la formación de la conciencia.

Los Medios de Comunicación Social han llegado a constituirse en los instrumentos más poderosos e influyentes, tanto en la vida pública del país como en la vida privada de las personas. Nada escapa a su tremendo impacto. Esa avasalladora influencia no sólo se relaciona con las necesidades básicas de la vida (alimento, salud, entretenimiento...); sino también y sobre todo, en el área de los comportamientos, de los valores, de las ideas, de la cultura...).

Pero los «medios», en sí son neutrales. Sin embargo, esta inocente neutralidad es totalmente tergiversada y anulada cuando se los maneja como instrumentos eficaces de dominación y alienación. Debemos afrontar el enorme desafío que significa transformar a toda esa ingente masa de telespectadores pasivos y conformistas en perceptores críticos, desarrollando en ellos su capacidad de discernimiento. Sólo por ese camino llegaremos a desabsolutizarlos y desacralizarlos.

La comunicación masiva transcurre actualmente en forma unidireccional: de Norte a Sur y siempre de acuerdo a un orden jerárquico vertical, con contenidos, sobre todo en la televisión, que están, originando en nuestros pueblos graves conflictos de identidad y traumáticas rupturas de tipo cultural.

Cerca del 80% de las noticias internacionales que circulan en América Latina son propagadas por las dos poderosas agencias norteamericanas: la AP (Associated Press) y la UPI (United Press International). Como todos sabemos, esas agencias representan la ideología y los intereses económicos y políticos de las más influyentes multinacionales de Estados Unidos. Mientras las principales agencias de información latinoamericanas transmiten, en su conjunto, 50.000 palabras por día, dos poderosas agencias de EEUU emiten un promedio diario de 8.000.000 de palabras, o sea 160 veces más información que todas las agencias de América Latina juntas.

Este inmenso cúmulo de información, que va de Norte a Sur tiene un doble carácter: es mercancía, que se nos vende y es ideología, que se nos inocular. Lo primero significa una grave y creciente dependencia económica; lo segundo, una, no menos grave, dependencia socio-política. Sus efectos negativos los podemos constatar tanto en el Área cultural, como en el campo del consumo y la publicidad. Este flujo informativo de Norte a Sur profundiza la dependencia política,

tecnológica, comercial y cultural, creando entre nosotros nuevas y sutiles formas de sometimiento.

Las transnacionales de la información, no sólo ejercen constante y planificadamente, la desinformación sistemática, sino que llegan a manejar a la perfección un código o gramática normativa para que el público consumidor acepte, en forma ingenua y totalmente acrítica, sus discutibles mensajes, y lo que es peor, su estilo de vida y su escala de valores.

2. Modernidad y Postmodernidad (Juzgar)

- La revolución de los comportamientos

Vivimos momentos de cambios rápidos y profundos que no sólo se expresan en los avances de la revolución científica, en la microelectrónica y en la biogenética. El cambio se está dando, no con menos profundidad y rapidez, en la mentalidad de las personas; en el mundo de los valores, de las ideas y de los comportamientos. Es lo que configura la cultura de la post-modernidad.

La post-modernidad surge como una reacción a un cerrado intelectualismo y al fracaso de un auténtico desarrollo de «todo el hombre y de todos los hombres». Se rechazan los determinismos económicos, expresados, tanto en el modelo del Marxismo Colectivista, como en el Capitalismo Liberal. Pero ese rechazo se expresará ya más en actitudes displicentes de desprecio que en luchas frontales. Se sueña con una sociedad plural, libre, humanista, pero no hay voluntad para poner en aras de esos ideales algo de sacrificio personal. Todo debe construirse desde la diversidad personal, cultural, religiosa, social... pero ¿cómo articular esa misma diversidad? De ahí el rechazo a las verdades absolutas, a las afirmaciones apodícticas, a las sentencias inapelables, a los compromisos irreversibles...

Es la civilización de la imagen: la era de los símbolos, de los códigos visuales, de lo lúdico, del gesto, de la expresión corporal... Lo retórico ya ha pasado de moda, lo mismo que los meta-relatos, las cosmovisiones globales y los grandes proyectos transformadores. La razón ha dejado de ser totalizante y el tiempo en que vivimos no tiene dilatados horizontes: las utopías han muerto. Todo inmediatez.

- *Hemos perdido el marco referencial de la historia*

Pero hay algo que ciertos pueblos han descubierto y lo están aplicando con gran eficacia y con resultados sorprendentes: El factor estratégico que determina en el momento actual el desarrollo económico-social de un pueblo, ya no son las riquezas naturales, ni la capacidad industrializadora de sus fábricas. Lo que lleva al triunfo en la competitividad del mercado internacional, es el desarrollo de la inteligencia científico-práctica del hombre. Por primera vez en la historia, el factor clave para el poderío es el conocimiento, desplazando a la materia prima, a la máquina tradicional y al capital.

- *El modelo traspasa los umbrales de los conventos*

Sin embargo, un evidente individualismo egoísta traspasa y empobrece a todo proyecto post-modernista. Esto contribuye, sin duda, a que también en numerosos movimientos cristianos se manifiesten expresiones de evasimismo frente al compromiso social.

El neoliberalismo, con sus propuestas privatistas, su marcado elitismo, su economicismo reduccionista, su desprecio por lo popular... tiene resonancias en ciertos tipos de espiritualidad, cada vez más presentes entre nosotros. Las nuevas formas, más sutiles, de la «fuga mundi», la desconfianza frente a la inserción y a la inculturación, el repliegue sobre sí mismos o sobre sus propios institutos religiosos, el creciente individualismo, el gusto por los fenómenos parasicológicos, el alejamiento progresivo de todo compromiso social transformador... están influenciados, en la mayoría de los casos, por el pensamiento y la praxis de las corrientes post-modernas.

La publicidad, madrastra y abanderada del consumismo, tan poderoso como falaz, crea necesidades ilusorias logrando cada vez con más frecuencia, el triunfo de las apariencias sobre las realidades de la vida. Es la cultura del derroche; la apoteosis del hedonismo; la negación del proyecto solidario y fraternal de Jesús.

Hay quien afirma que el modelo de sociedad consumista es el triunfo total y definitivo del capitalismo. Otros, por el contrario, afirman que es la expresión más patente de su propia decadencia: el virus que corroe las propias entrañas del sistema.

El consumismo, tal como se lo vive hoy, afecta principalmente a la capacidad de selección, llevándonos a confundir lo ficticio y superficial

con lo realmente importante, fundamental y necesario. Es el triunfo de los encandilamientos sobre la realidad de las personas y de las cosas. Privilegia lo banal sobre lo profundo; lo caduco sobre lo duradero; la exterioridad sobre la interioridad; los valores de la materia sobre los valores del espíritu. Es el imperio de los placeres mediatos, aunque fugaces, sobre las satisfacciones profundas y gratificantes de la autorrealización.

El desencanto de la razón ilustrada, del progreso, de los grandes proyectos políticos, de las utopías, ha logrado que un melancólico desencanto recorra los espíritus de nuestra juventud. "¿Soñar con grandes ideales...? ¿Para qué...? Lo que importa es vivir: vivir plenamente el presente. La felicidad es fugaz y hay que atraparla", oímos decir a nuestros jóvenes.

- Las tres tentaciones de Jesús en versión moderna

Ese atrapar la fugaz felicidad, se expresa en tres actitudes básicas, relacionadas con el Tener, con el Valer y con el Poder. Son como una transcripción moderna de las tres tentaciones de Jesús. El Tener se expresa actualmente en el «todo para mí». Las necesidades y los derechos de los demás, quedan totalmente postergados. Lo que importa es MI dinero, MI comodidad, MI autorrealización, MIS gustos, MI futuro...

El Valer se manifiesta sobre todo en términos de competitividad. Lo que importa es ser más que los demás. Es el ser más, pero siempre en términos comparativos. Lo que realmente se busca es el parecer más. Interesan más las apariencias que las realidades.

El Poder se manifiesta en el afán de dominio. Es la autorrealización a través de la dominación sobre los otros. Porque soy dominado (por el ambiente, por las modas, por el consumismo, por las drogas, por el sexo...) siento la necesidad compensatoria de dominar a los demás. Son las mismas tentaciones de Jesús, revestidas con el ropaje de la modernidad. **TENER:** poseer todos los reinos de la tierra. **VALER:** tirarse de lo alto del Templo para ser reconocido por el pueblo como el Mesías. **PODER:** convertir las piedras en pan, usando ese poder en beneficio propio.

3. La Vida Religiosa: Buscando respuestas (*Actuar*)

- *La solidaridad como exigencia fundamental*

La Vida Religiosa, fiel a su carisma fundacional, debería ser en sí misma y como proyección hacia el mundo, una respuesta a esos desafíos, a esas inquietudes y a esos cuestionamientos, que nos presenta nuestra sociedad.

Yo sé que es excesiva audacia el presentar ante ustedes una especie de listado de respuestas y soluciones ante la magnitud y complejidad que significan todos los planteamientos e interrogantes, pero permitanme presentarles algunas ideas breves, que nos puedan servir de base para iniciar nuestro dialogo.

Frente a los grandes desafíos que presenta el mundo actual a la Vida Religiosa en el contexto continental americano, viene a nuestra mente como primera exigencia una palabra: **SOLIDARIDAD**.

El término solidaridad contiene una dimensión ética. Expresa un compromiso con el hermano necesitado, partiendo del concepto de igualdad de todos los seres humanos. La motivación más profunda para desarrollar en nosotros una auténtica praxis solidaria proviene de los contenidos básicos de nuestra fe.

La muerte de Jesús en la cruz es el acto más definitivo de solidaridad que el mundo haya conocido y en el que se expresa con más intensidad su entrega solidaria y su amor total a toda la humanidad.

El amor misericordioso y eficiente de Jesús a los pobres, a los que sufren, a los enfermos, a los marginados... sin distinción de nacionalidad, sexo o religión, nos muestra quiénes deben ser los privilegiados de nuestra acción solidaria.

La iglesia reconoce la unidad de la familia humana, la igualdad radical de todas las personas, la voluntad salvífica de Dios, que se extiende a todas las personas y el destino universal de los bienes de la creación.

Nuestro pensamiento y nuestra acción solidaria deberían ser orientados por algunos principios prácticos:

- a) Ir pasando de la idea un tanto paternalista del dar o del regalar, a la idea bíblica del compartir. El compartir siempre expresa explícita o implícitamente el derecho del otro.

- b) Desarrollaremos una auténtica mentalidad solidaria en la medida en que nuestra colaboración la entendamos más como derecho del necesitado que como generosidad nuestra.
- c) Partir siempre de la idea de que tanto los pueblos como los grupos o personas, son ellos los sujetos y protagonistas de su propio destino y del cambio social o personal.

Alguien ha dicho que la Encíclica «Sollicitudo Rei Socialis» se puede resumir en dos palabras:

Solidaridad Humana. En efecto en esta hermosa Encíclica, el Papa Juan Pablo II llega a afirmar que la raíz de la injusticia que vive nuestro mundo a nivel internacional se llama insolidaridad. Para el Papa actual, el desarrollo integral se fundamenta en el imperativo de la naturaleza solidaria del hombre y, por lo tanto, la cooperación al desarrollo es un deber de todos para con todos. El verdadero desarrollo se ha frustrado en la mayoría de los países del Tercer Mundo, porque la voluntad política para lograrlo, ha sido insuficiente: ha faltado la solidaridad con su fuerza social, moral y religiosa (SRS, 35).

- Una espiritualidad para nuestro tiempo

Frente a las propuestas de la sociedad consumista y al impacto arrollador de los Medios de Comunicación Social, la Vida Religiosa debe levantar barreras de resistencia, experimentando la alegría y el valor de ser distintos.

1) Evangelizando desde la vida

El Documento de Santo Domingo nos dice que la Nueva Evangelización surge en América Latina como respuesta a los problemas que presenta la realidad de un Continente en el cual se da un profundo divorcio entre la fe y la vida, hasta producir clamorosas situaciones de injusticia (DSD n. 161).

Este divorcio entre la fe y la vida lo percibimos también en la Vida Religiosa. Lo vemos presente entre nosotros en la medida en que se da una espiritualidad más individualista que comunitaria, más privatista que social, más personalista que eclesial, más devocional que bíblica y litúrgica, más sensible a captar la presencia de Dios en fenómenos paranormales que en la sencillez y la normalidad de la vida.

Por otro lado, la llamada revolución neoliberal, de praxis economicista e individualista, oscurece o anula los grandes ideales, encerrándolos en un miope mercantilismo consumista. Todo ello contribuye a que numerosos movimientos religiosos y aun nuestros propios Institutos, se vean afectados por nuevas corrientes evasionistas y desmovilizadoras.

El Mensaje Evangélico no es solamente una palabra dicha al oído del individuo en su soledad existencial, sino una proclamación de cara a toda la sociedad. La salvación que Cristo nos anuncia, que nos promete y otorga, va desde la sociedad al individuo y desde el individuo a la sociedad. Limitarnos al mundo de una salvación individualista no es sólo traicionar al Evangelio en su proyección universal (universal en un sentido antropológico y en un sentido cósmico), sino que es también desconocimiento de la existencia del pecado social con todos sus complejos y negativos procesos.

Ya Puebla nos advertía: "El cristianismo debe evangelizar la totalidad de la existencia humana, incluida la dimensión política. Critica por eso a quienes tienden a reducir el espacio de la fe a la vida personal o familiar..." (DP 515).

Pero la liberación cristiana no busca sólo, ni principalmente, una liberación terrena; busca de un modo prioritario, pero juntamente con ella, una liberación escatológica y ambas dimensiones tienen como fuente y causa eficiente la liberación total que Cristo realizó en su Pascua.

Pero para afianzarnos en una espiritualidad que sea coherente con el compromiso liberador, tenemos que llegar a la convicción de que los procesos políticos y sociales por los que atraviesa nuestro mundo, forman parte de la realización del plan de Dios como promesa: una promesa que es liberación total y que se realiza progresivamente en la historia.

2) Con la alegría y el valor de ser distintos

Nada es ajeno al enorme poder de persuasión del fenómeno consumista y demás elementos connotativos de la sociedad actual. La ausencia de radicalidad en los compromisos no está ligada de una manera exclusiva al proyecto del hombre secularizado. Lo percibimos presente, también en las personas y en los grupos religiosos. Es

evidente que se da un retorno a lo sagrado. La religión vuelve a ser de actualidad. Tal vez hay más religión y menos fe. Una religiosidad más de sentimientos que de creencias. Se valora el papel institucional de la religión, pero no su fuerza profética y transformadora.

La fe para muchos está dejando de ser una certeza para reduciría a un sentimiento, a una vivencia interior o a una opinión. Las orientaciones sociales y éticas se ven afectadas por fuertes tendencias reductivas. Es una fe diluida, sin la fuerza del fermento, que transforma. Vivimos tiempos de consensos blandos. Los grandes ideales de igualdad, de justicia social, de fraternidad... quedan diluidos o arrinconados, lo mismo que el sentido del ahorro, la austeridad y la sencillez de vida. El proyecto post-moderno encierra a las personas, y a los grupos, en el marco estrecho de su propio egoísmo y sus propios intereses. Nuestra sociedad se vuelve cada vez más egoísta y las personas también. Por opción y hasta por higiene mental, debemos ser distintos.

3. La experiencia de Dios en un clima de gratuidad

La experiencia de la gratuidad del amor de Dios es central en la vida humana, pero lo es aún más en estos tiempos de mercantilismo, de consumismo, de narcisismo y de materialismo práctico. En un mundo donde todo se compra y todo se vende, debemos desarrollar y testimoniar la espiritualidad de la gratuidad, del don, del regalo... «Dios nos amó primero» (1Jn 4, 19). Todo parte de ahí. Es el gran regalo que da origen a toda existencia humana y a toda la realidad cósmica. Hemos sido hechos por amor y para amar. Por eso, sólo amando, nos podemos realizar como personas, dando respuesta a la iniciativa de Dios (*Beber en su propio pozo*, G. Gutiérrez, p. 164). La medida de nuestra fidelidad no reside en las posibilidades de nuestra propia voluntad, sino en la abundancia y la eficacia del amor que Dios pone en nuestros corazones.

Frente a las corrientes actuales de gran contenido individualista, egoísta, evasioneista y hedonista, es urgente profundizar en una espiritualidad que se contraponga abiertamente a esos contravalores. «El amor es la plenitud de la ley» (Rm 17, 10). Debemos testimoniar el amor eficaz y gratuito como la ley fundamental que rija dentro de la comunidad de creyentes y en nuestras relaciones con los demás.

La espiritualidad de la gratuidad rompe no sólo los moldes de los individualismos egoístas, sino también las tendencias hacia los falsos quietismos y los cómodos evasionismos.

El encuentro gratuito con el Señor es el espacio en que se debe desarrollar nuestra eficacia liberadora. Un amor gratuito que no debe perder por ello su eficacia histórica. Dar gratuitamente lo que gratuitamente hemos recibido. Nos colocamos, por ello, en las antípodas de una sociedad en la que todo se evalúa bajo la óptica mercantilista y egoísta.

[Tomado de Servicio de KOINONIA, Revista Latinoamericana de Teología]